

## Acto fallido infantil y vocación psicoanalítica

*Raúl E. Levin*

Hace poco tiempo, en un momento en que estaban en juego ciertas cuestiones que implicaban una revisión de mi identidad psicoanalítica, recordé un acto fallido que tuve en la infancia. Se trataba de un error al titular un dibujo que había realizado espontáneamente, con la intención de ilustrar (¿y recordar?) una excursión que unos días antes habíamos hecho con mi familia a la ciudad de La Plata.

Que un niño en edad de latencia –tenía entonces ocho años– produzca un acto fallido, no es algo que a nosotros, en tanto psicoanalistas, debe sorprendernos. Pero hubo dos matices en torno a esta ocurrencia, que me pareció que merecían una particular atención, ya que podrían estar relacionados con la posibilidad de situar en la infancia el origen de lo que podría constituirse luego como vocación psicoanalítica.

El primero estaba relacionado con el recuerdo de una cierta conmoción que me produjo el descubrimiento del error. Esto sucedió algo después de haber hecho el dibujo, quizá al día siguiente, y tengo aún presente el estado de perplejidad, incomodidad y asombro que me produjo el descubrimiento de la falla. Era un imprevisto “accidente” en mis intenciones de hacer las cosas “como correspondía”. Quedé, por cierto, con un ligero temple angustioso. ¡Había producido un acto fallido! Aun sin esta denominación (en mi medio, en esa época, no circulaba ninguna información psicoanalítica), me quedé sorprendido ante lo enigmático del fenómeno, y creo que con alguna intuición de que era la clave de alguna información valiosa que desconocía, que por alguna razón era inquietante.

Pero lo que me resulta ahora más destacable, es que inmediatamente tuve conciencia de que este error debía ser respetado, y de ninguna manera corregido y menos aún suprimido. Tomaba, en alguna forma, un camino de compromiso con el inconsciente. Aunque ignoraba esto en sus aspectos conceptuales, me posicionaba subjetivamente en una postura ética, que a pesar de ser con angustia, elegía la opción de preservar un material que implicaba una interpelación que para ser respondida convocaba a una necesaria espera.

Ante esa palabra errónea, equívoca, inexplicable, me encontraba realmente como el arqueólogo al que le falta un fragmento para entender y dar sentido al conjunto, y necesita de un tiempo para completar la pieza.

Y aquí surge el otro matiz, que, aunque relacionado con el anterior, quiero destacar. Me refiero a que de alguna manera hubo una cierta decisión de conservar ese dibujo con su título “equivocado”, en una suerte de lanzamiento hacia un futuro conjetural en que el interrogante contenido en el acto fallido pudiera ser resuelto.

Y de hecho, varias décadas después, con el equipamiento correspondiente a mi formación psicoanalítica, retomo ese desafío planteado a los ocho años, y encuentro que para dilucidar el acto fallido, cuento con los recuerdos pero también con el material original en que ha quedado inscripto.

En esta presentación me propongo tomar algunos elementos del análisis de este acto fallido producido en la infancia, para estudiar desde ahí ciertos aspectos relacionados con la configuración de la vocación psicoanalítica.

Se trata de iniciar una discusión acerca de si es posible ubicar en la infancia cierto posicionamiento ante las producciones del inconsciente, o en general frente al conflicto psíquico, que prefigura una posible aptitud y una eventual vocación para el psicoanálisis.

VOCACION PSICOANALITICA

## EL ACTO FALLIDO Y SUS CIRCUNSTANCIAS

El dibujo fue realizado en la mitad izquierda de una página de un cuaderno de diseño, en el que dibujaba con cierta frecuencia. Se trata de un automóvil pintado de rojo, visto de costado, transitando en dirección hacia lo que sería la derecha del observador. En los bordes del camino hay alambrados que intentan sugerir una delimitación entre campo y ruta, que de todos modos queda algo imprecisa. Hay cuatro árboles: tres en un plano más lejano (uno de ellos tapado parcialmente por el automóvil), y otro en el más próximo. En sus copas se pueden observar algunas de las ramificaciones del tronco.

Salvo el color del automóvil, el paisaje está pintado con los colores considerados convencionales.

El acto fallido consistió en que desapercibidamente, al ponerle el título omití una letra. Me había propuesto escribir CAMINO A LA PLATA, y, al suprimir la L, quedó CAMINO A LA PATA.

Las palabras fueron escritas con color azul, pero luego, quizá con un propósito decorativo, las resalté con rojo.

Ahora, antes de proceder a su análisis, voy a comunicar algunos datos para poder situar esta producción del inconsciente en su contexto. Ofreceré sólo algunas de las líneas que considero necesarias y suficientes para testimoniar desde su comienzo el proceso que desencadenó la producción sustitutiva infantil hasta su resolución en la edad adulta. Luego intentaré articularlo con la hipótesis de que es posible rastrear en la infancia un particular posicionamiento ante los efectos de lo inconsciente, que ya prefigura en esa etapa de la vida una eventual vocación psicoanalítica.

A los ocho años residía con mi familia en una localidad intermedia entre las ciudades de Buenos Aires y La Plata. De tal manera quedaba configurado un triángulo cuyos vértices correspondían respectivamente al lugar donde vivíamos y a las dos ciudades mencionadas.

Mi madre trabajaba en Buenos Aires y mi padre hasta hacía poco tiempo atrás, en La Plata, y justamente el domicilio había sido elegido en función de facilitar sus traslados diarios a sus correspondientes lugares de trabajo. El de mi padre había sido en el Observatorio Astronómico de La Plata con un cargo de Geodesta, pero había cesado recientemente en su función y esto había producido una restricción importante en el nivel de ingresos de la

familia. Consigno estos datos, porque precisamente en la excursión que precedió al dibujo hubo la consabida visita al Museo de Ciencias Naturales, y también al observatorio, anterior lugar de trabajo de mi padre. Vale la pena anotar, que la vocación de él –no siempre concretada– estaba ligada a la investigación, especialmente en el área de la física, la geodesia y la ingeniería. En ese sentido, todo lo que tenía que ver con su profesión tenía para mí una connotación relacionada con la observación, los descubrimientos, la tecnología y la ciencia en general. Me parece que no es ajeno a esto que yo haya situado en este acto fallido, en un clima de identificación con aspectos relacionados con los ideales científicos de mi padre, un núcleo que puede tener que ver con el origen de mi propia vocación de investigador-psicoanalista.

#### **UNA APROXIMACION INTERPRETATIVA AL ACTO FALLIDO**

Cuando, en las circunstancias que comenté antes recordé el acto fallido y algunas de las circunstancias en torno a él, decidí analizarlo. Para ello me propuse recurrir al material gráfico en el que estaba inscripto. No tuve dificultades para encontrarlo.

Ante el dibujo noté, no sin cierta sorpresa, que en su ejecución había producido ciertos deslices que me habían pasado desapercibidos (aunque tengo un vago recuerdo de que al dibujarlo tuve la incómoda percepción de que había ciertos detalles mal resueltos). Era notorio al estudiarlo, que si la propuesta era representar un vehículo que avanzaba, había indicios que la desmentían, señalando la existencia de alguna situación de conflicto en relación a esto. Los enumero:

1. Los extremos inferiores de los árboles próximos a la parte delantera y trasera del automóvil, así como los de los postes de alambrado, descienden excesivamente, hasta el mismo nivel del piso en que se apoyan las ruedas. De tal manera, el supuesto avance del vehículo queda como obstaculizado en ambas direcciones. Se nota en esta zona del dibujo una cierta desprolijidad, que induce a pensar que ahí estaba en juego un punto de conflicto. Hubo intentos de corregir, borradas mediante, pero el dibujo aquí no quedó resuelto.

2. Los rayos de las llantas son visibles, con lo que hacen un efecto de ruedas detenidas.

3. No se observan ni conductor ni pasajeros en el interior del automóvil.

En el dibujo, entonces, podía interpretarse que el automóvil estaba detenido, y si en él había fallidos, quizás podían ser vinculados con el contenido latente del producido en el título.

En cuanto a la omisión de la letra L en el título, voy a exponer, sintéticamente algunos elementos que tomé en cuenta:

1. “CAMINO A LA PATA”: quizás conectado con la idea de que la pérdida del empleo de mi padre podía estar relacionada con una “metida de pata” de él. En realidad tenía un efecto: habíamos quedado “patos” (pobres), sin “plata”. También: si mi padre había quedado “pobre”, ¿no era mejor dirigirse hacia una figura materna? (“pata” en tanto animal de granja femenino, cuentos de “la pata y los patitos”, etc.). ¿No era ésta una figura más confiable y protectora? (De hecho, en ese momento había que contar con el trabajo de mi madre para subsistir).

2. Falta de la letra L: quitar la inicial de nuestro apellido podía ser una manera de desacreditar a mi padre. Podía haber un cierto regodeo en sancionarlo, que daba cuenta de fantasías de triunfo sobre él, en el contexto de la rivalidad edípica. Pero también, desde el punto de vista de la relación positiva con mi padre, podía haber una cierta decepción: el dibujo y su título transmiten algo frustrado, una cierta imposibilidad de llegar a él, en lo que podrían considerarse sus aspectos más valorados (su ex lugar de trabajo, su vocación).

Había en lo planteado un conflicto de ambivalencia en relación a mi padre y también, en ese clima, opción abierta en cuanto a elección de objeto, dentro de la trama edípica (como por otra parte, es típico en esa edad).

Pero quedaba algo de esta elaboración interpretativa, que no me conformaba. Si bien lo apuntado me parecía pertinente y correcto, no resultaba de allí que el acto fallido estuviera resuelto. Por ejemplo, el pintar de rojo el automóvil –color que, por otra parte, no era nada común en los automóviles de esa época– podía hacer pensar que en el dibujo se hacía alusión a algo más grave, más alarmante... El rojo: relacionado con la erotización, con el peligro, con la sangre... ¿todo junto? Podía esto tener que ver con fantasías libidinales y sus consecuentes respuestas retaliativas, incluso con un riesgoso matiz de violencia. Todo esto parecía posible en el plano de mis elaboraciones, pero faltaba algo más

que lo suscribiera y aportara algún efecto subjetivo de convicción en el sentido de que la interrogación contenida en el fallido era respondida.

Esta idea de que faltaba algo, orientada quizá hacia algo más concreto relacionado con el peligro, estaba abonada por la cantidad de signos en el dibujo relacionados con lo que podía definirse como una “detención fóbica”, presente en el dibujo a través de los deslices en su ejecución: el automóvil no solamente estaba detenido, parecía además obstaculizado, “encajonado”...

Llegado a este punto en el estudio del material, decidí dejarlo un tiempo más en suspenso, con la idea de retomarlo nuevamente en otra ocasión.

## LA RESOLUCION

La oportunidad se presentó poco tiempo después, cuando me propuse a partir de ese mismo material gráfico escribir este trabajo, ya con la idea de articular su análisis con el de un posible origen en la infancia de la vocación psicoanalítica.

Cuando con ese fin apelé nuevamente a la observación del dibujo, apenas lo miré surgió en mí, súbitamente y con toda precisión, el fragmento que faltaba para que el título tradujera el contenido latente. De una forma inmediata e inadvertida, a la manera de las viñetas que Freud presenta como “deslices en la lectura” (en “Psicopatología de la vida cotidiana”), agregué visualmente al título, las letras que faltaban para constituir otra palabra, que hasta el momento no había tenido en cuenta. Al leer CAMINO A LA PATA, completé... CAMINO A LA PATAGONIA. Entonces sí experimenté el impacto subjetivo de que un nuevo “acto sintomático” había ocurrido, y que a su través se me había revelado el verdadero sentido de aquél ocurrido en la infancia.

Para facilitar entonces la comprensión de esta nueva versión del significado del acto fallido infantil, voy a agregar alguna información complementaria. Unos años antes de que yo realizara el dibujo que he presentado, mi padre debió emprender un viaje a Tierra del Fuego, relacionado con sus tareas científicas, conduciendo un vehículo del observatorio. “Camino a la Patagonia” tuvo un importante accidente de tránsito, con consecuencias graves.

Pero fue muchos años después, estando yo en análisis, que pude ir reconstruyendo la marca que dicho accidente había dejado en la historia de mi familia. A través de distintos indicios, a lo largo de mucho tiempo, pude desentrañar en mis sesiones analíticas la incidencia traumática que había tenido y sus efectos, algunos de los cuales podían estar relacionados, por ejemplo, con la pérdida del trabajo de mi padre y con el descenso del nivel económico de la familia.

Analizando entonces retrospectivamente el acto fallido ocurrido en la infancia, se ponía en evidencia que ya en esa época estaba vigente un núcleo inconsciente que intentaba elaborar la situación traumática, en correspondencia con lo que mucho tiempo después, ya en análisis y en términos semejantes, aparecería como un descubrimiento. Era una confirmación, con un material proveniente de la niñez, de lo posteriormente reconstruido y elaborado psicoanalíticamente.

Se me hizo más claro también el sentido de los errores, no ya del título, sino del dibujo mismo. El automóvil estaba detenido porque su avance implicaba la aproximación a lo traumático. Más allá de sus implicaciones en el contexto edípico, esto estaba inscripto como un episodio real, cuyos efectos circulaban en el clima familiar, quizás más a la manera de la repetición que del recuerdo.

El que el automóvil estuviera vacío, podía ser una forma más de denotar la necesidad de prevenir de un acechante peligro, a los integrantes de la familia, es decir, a sus eventuales pasajeros.

#### **VOCACION PSICOANALITICA**

No hay demasiada bibliografía específica sobre vocación psicoanalítica, a pesar de ser un tema sobre el que se indaga y se intercambian opiniones con asiduidad. Tampoco es mi intención hacer una revisión exhaustiva sobre la que pudiera existir.

Corresponde a una problemática tan cercana a los mismos analistas, que su investigación y difusión no acepta otra alternativa que exponer sus propias experiencias personales o divulgar material clínico del análisis de colegas, lo cual crea una dificultad hasta cierto punto insalvable.

En general los conceptos a los que se atribuye el origen de la

vocación psicoanalítica, están ligados a los de posición depresiva y reparación, de acuerdo a la teoría kleiniana. Son los que más consenso tienen en nuestro medio.

Hay un trabajo de Leonardo Wender (“Psicoanálisis de la vocación”, *Revista de Psicoanálisis* N° 1-2, tomo XXII, 1965) que por su vigencia como referente obligado en relación a este tema, pienso que puede ser considerado un clásico. En él, Wender relaciona la vocación médica, psicoanalítica y psicoterapéutica con los conceptos de reparación, sublimación, identificación y creatividad. Introduce la idea de vocación en tanto “llamado” de un objeto interno que reclama ser reparado (en distintos términos).

Es imposible, por su amplitud y riqueza, sintetizar el trabajo de Wender. Sólo voy a citar dos párrafos próximos entre sí (pág. 70):

*“La vocación, psicoanalíticamente hablando, puede entenderse como el impulso a la expresión coherente y adecuada de los requerimientos reparatorios, surgidos como respuesta a la percepción inconsciente de un objeto interno dañado. Dicho proceso, se inicia tempranamente y tiene su raíz de origen en la elaboración de las ansiedades correspondientes a la posición depresiva. [...]”*

*[...] Volviendo al concepto psicoanalítico de vocación, como una respuesta a los requerimientos reparatorios internos, diré que para entender el sentido de este “llamado” hay que considerar en la vocación el vínculo entre un sujeto o “vocado” y su objeto interno o “vocante”. En este sentido, podemos redefinir vocación, diciendo que es la percepción del llamado o reclamo del objeto internalizado que puede pedir, exigir, reclamar, suplicar, etc.; atención, cuidado, reconstrucción, reparación... por los daños, descuidos o manejos de los que ha sido objeto”.*

La idea que yo introduzco no excluye esta concepción casi paradigmática que relaciona vocación con mecanismos reparatorios. Pienso, sin embargo, que éstos quizás se vinculan más a los aspectos terapéuticos o “médicos” del psicoanálisis.

Pero hay algo que, independientemente de estos posibles objetivos, orienta hacia ciertos aspectos más específicos de la

vocación psicoanalítica, que incluyen el reconocimiento, la jerarquización y el compromiso ético con los fenómenos inconscientes. Es cierto que si en estas consideraciones apartamos, aunque sea provisoriamente, los aspectos reparatorios que pudieran estar en juego, sería quizás más preciso reconocer que al pensar desde este punto de vista no estamos haciendo una distinción entre vocación analítica y vocación de psicoanalista. En ese caso quedaría por resolver cuál es el elemento necesario para que alguien con vocación psicoanalítica, decida dedicar su vida al ejercicio de la profesión psicoanalítica. Quizás sea en este punto donde podrían intervenir los mecanismos relacionados con el sentimiento de culpa ante el objeto dañado y la capacidad reparatoria.

El posicionamiento que describo en la infancia ante lo inconsciente sería algo previo y condicionante, a lo que se agregaría un “plus” que incidiría en la elección (o quizás en la no elección) de la carrera de psicoanalista. Con lo cual si queda algo ambiguo desde nuestro punto de vista lo que hace a la diferencia entre analista y analizando en cuanto a vocación, quedan por otra parte definidas ciertas características comunes a ambos que hacen posible el desarrollo del proceso analítico, en cuanto a una disposición, un talento, una aptitud y un deseo de análisis.

Cabe también preguntarse si para esta configuración infantil que conformaría un potencial germen vocacional analítico, habría de corresponderse alguna estructura particular de la nosología psicoanalítica con la que nos manejamos habitualmente.

Si tomamos el ejemplo personal que presento, vemos que, al menos en una primera aproximación, hay una cierta disposición fóbica en la producción del acto fallido. Del análisis del error del título y los deslices del dibujo se puede inferir un estado de prevención ante representaciones ligadas a un peligro. Peligro que a su vez puede articularse en una gama de posibilidades que incluyen lo traumático real (accidente), la percepción del peligro como angustia de castración, hasta sumir “lo peligroso” en la trama de sentimientos ambivalentes en términos del “complejo paterno” y lo relacionado con la constitución del Ideal del Yo y las identificaciones.

El efecto de detención en el dibujo expresa típicamente el manejo fóbico de la distancia: el automóvil estaría “estacionado” en un punto preciso para quedar fuera del alcance de la amenaza

del objeto persecutorio, pero a la vez en el momento y en el lugar que ofrece la posibilidad de su control.

Desde el punto de vista de la constitución fóbica, podría incluso relacionarse la vocación psicoanalítica, en este caso, con un “estado de alerta” ante los efectos del inconsciente, en tanto éstos sean registrados como las expresiones de un peligro interior enigmático y desconocido que debe ser de alguna manera conjurado. Se establecería entonces un posicionamiento subjetivo dispuesto preventivamente en función de detectar aun en sus manifestaciones más sutiles los fenómenos inconscientes.

Pero de la misma forma que dos pacientes con diagnóstico de estructura psicopatológica similar pueden hacer procesos analíticos muy diferentes, de acuerdo a su posición ante lo inconsciente y sus efectos en transferencia, también con respecto a la vocación analítica debe haber algo que excede el marco de un eventual diagnóstico de acuerdo a las nosologías establecidas.

Retomando mi experiencia del acto fallido infantil, la vocación psicoanalítica que en él podría prefigurarse, no está vinculada solamente a la detección del fallido y sus efectos inmediatos. Otra estructura fóbica seguramente también lo hubiera registrado, pero para intentar procedimientos destinados a yugular inmediatamente la angustia, eludiendo o desconociendo el origen inconsciente de la formación sustitutiva.

Creo que, por el contrario, lo que más puede orientar hacia una posible ubicación en ese tipo de episodio de un núcleo vocacional analítico, es que no sólo el fallido fue reconocido sino que además fue preservado y sostenido, aun inconscientemente y a lo largo de mucho tiempo, a la espera de resolución. De alguna manera, había ya inscripta una idea de futuro, al que se podía atribuir mayor aporte de experiencias, incluso provenientes de lo inconsciente, que permitirían responder con otros elementos al enigma abierto en lo que pasaría a ubicarse como un tiempo pasado.

Hay entonces, en esta configuración vocacional que describo, una idea de prospección. Se trata de una instrumentación expectante de la capacidad de espera. Una aplicación al futuro de un material presente que será dilucidado en función del pasado. Un interjuego entre lo prospectivo y la significación retrospectiva.

### ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL QUEHACER PSICOANALITICO

En su última sesión, un paciente de siete años se dirigió a su caja de juegos y retiró un mapa que había dibujado unos dos años antes. En él había dibujado trayectos que eran interrumpidos por manchones negros a los que en su momento había denominado “pozos”. En el contexto interpretativo, éstos habían sido relacionados con situaciones traumáticas ocurridas en su familia y concomitantemente con sus fantasías y angustia en torno a la castración.

Ahora, algo fuera del campo de mi mirada, yo observaba que volvía a dibujar, con empeño, sobre el mismo mapa. Cuando le pregunté qué hacía, me respondió: “son los nuevos caminos”. No debí agregar casi nada a esto, en la interpretación.

Sus padres me comentarían luego que su hijo había expresado, aparte de otras elaboraciones propias acerca de los “caminos de la vida” que le había aportado su análisis, que “de grande quería ser analista para acompañar a los niños en su crecimiento”.

Voy a tomar, de esta breve ilustración clínica, dos situaciones respecto a lo “prospectivo” que conviene ver por separado.

En cuanto al querer ser psicoanalista de grande, pienso que es una concepción del futuro en función identificatoria. En un clima de duelo por la terminación de su análisis, el niño proyecta hacia un después la réplica de lo que fue su propia experiencia analítica, identificando en lo por-venir la reiteración del vínculo perdido. No excluyo, por supuesto, que éste sea un elemento a sumar en la consideración de una eventual vocación psicoanalítica (también había un elemento en mi acto fallido relacionado con la identificación, como consigné más arriba). Pero en esa situación de finalización, aun con el reconocimiento y la magnífica posibilidad de representar su concepción del “fin de análisis”, creo que no puede tomarse literalmente el “de grande voy a ser...”. Más bien lo entiendo como un intento de reflejar lo perdido, en un futuro conjetural, para desde ahí elaborar el desprendimiento, duelo mediante, del objeto.

Por el contrario, pienso que volver a un mapa que conservó en su caja de juego, quizá dispuesto en su momento de tal manera que pudiera volverse a él, configura otra ubicación frente a los procesos inconscientes y el proceso analítico.

De la misma manera que cuando yo produje en la infancia un

acto fallido me posicioné ante lo prospectivo de modo que hubiera un material sobre el cual ensayar su solución, también mi paciente, en el curso, en su caso, del análisis, dejó al juego de la interpretación-transferencia, la posibilidad de una distinta versión del “mapa” que representaba su mundo interno en un tiempo anterior.

En esta disposición a cuidar y preservar las producciones sobre las que la dilucidación de los procesos inconscientes orientará hacia respuestas, veo un núcleo importante de la vocación analítica, que puede ser ubicado en la niñez.

No hace falta mencionar que el material expuesto a este tipo de proceso prospectivo-retrospectivo, aun desde la infancia, puede pertenecer a cualquiera de las modalidades con que se nos presentan las producciones del inconsciente a las que estamos habituados en el quehacer analítico. Quizá en ese sentido, pueda considerarse el ejemplo más notorio el sueño del Hombre de los Lobos.

Quiero hacer ahora algunos breves comentarios acerca de lo que consideramos “resolución” de una producción del inconsciente.

Cuando mi paciente de siete años completó el mapa abriendo nuevos rumbos en ese territorio considerado como representación de su mundo interno, de ningún modo eludió ni suprimió los puntos traumáticos que en él estaban inscriptos. Podemos decir que su trama de posibilidades se había complejizado y enriquecido, y esto tenía connotaciones clínicas (y por lo tanto efectos en su vida cotidiana) que habían contribuido a decidir su alta. Pero esos puntos representaban los “topes”, relacionados a la castración, que no pudieron –y que seguramente no podrán– ser atravesados.

En el caso del develamiento de mi acto fallido, ocurrido a la manera de una nueva operación inconsciente, una vez disipado el efecto subjetivo de sorpresa y certidumbre, tampoco tengo la impresión de que la situación traumática original ha sido atravesada, aun cuando puedo pensar que he dado un paso que me posiciona de una manera distinta ante ella. Sé que su potencialidad de suscitar efectos no se ha extinguido, como tampoco mis intentos de resolverla, aun sabiendo de su imposibilidad.

Es que ya el sólo estar sujetos al lenguaje que suponemos va a ser el soporte de una respuesta, nos confronta permanentemente

a la castración. Condicionados a él, en tanto psicoanalistas, no podemos sostener la ilusión de una resolución última. Tal la calificación de “imposible” de la profesión psicoanalítica.

Dice Cecilia Sinay-Millonschik (*Boletín Informativo de APDeBA*, mayo de 1992): “El psicoanálisis y el escribir, dos oficios imposibles, hechos de paradoja: nombrar lo innombrable”.

Dos oficios tan inextricablemente relacionados, el de psicoanalista y el de escritor. Ambos unidos en torno a una misma materia prima, el lenguaje, que de continuo nos expone a la castración en tanto hecho de estructura.

Sin embargo, debe haber algo que nos hace continuar, y éste es otro elemento que, aunque no lo podré desarrollar, debe ser introducido en relación a la vocación analítica. Es algo seguramente ligado a un goce, una de cuyas formas puede ser la pasión psicoanalítica. Pasión en el sentido aristotélico, de “estar afectado por” algo que nos moviliza, ya sea como ente, alma o sujeto psíquico.

Eso que nos “afecta” son los derivados de los fenómenos inconscientes, y ante ellos no podemos sustraernos de cumplir con el imperativo de atenderlos. Esto puede ser experimentado como un mandato (¿el “llamado” al que alude Wender?) que nos lleva a insistir en la indagación, aun reconociendo implícito en ella el tope inatravesable de la castración. Hay en la vocación psicoanalítica una impermutabilidad de su objeto, que nos hace ineludible seguir, a pesar de su imposible, en un compromiso ético con lo inconsciente.

Para concluir voy a citar, hasta el planteo del interrogante, los primeros versos del primer cuarteto (Burnt Norton) de T.S. Eliot (*Cuatro cuartetos*, Editorial Raigal. Traducción de J.R. Wilcock).

*El tiempo presente y el tiempo pasado  
tal vez en el tiempo futuro estén ambos presentes,  
y el tiempo pasado contenga el futuro.  
Si todo instante es el presente eternamente  
ningún instante es redimible.  
Lo que pudo haber sido es una abstracción,  
que sigue siendo una perpetua posibilidad  
sólo en un mundo de especulaciones.  
Lo que pudo haber sido y lo que fue*

*tienden a un solo fin, siempre presente.  
El ruido de los pasos resuena en la memoria  
por ese corredor por el que no hemos tomado  
hacia la puerta que nunca hemos abierto  
del rosal. Así resuenan mis palabras  
en otras mentes.*

*Pero con qué intención  
turban el polvo en una fuente  
de pétalos de rosa, no lo sé.*

*Raúl E. Levin*  
Pacheco de Melo 2534, 4º "D"  
C1425AUD Buenos Aires  
Argentina